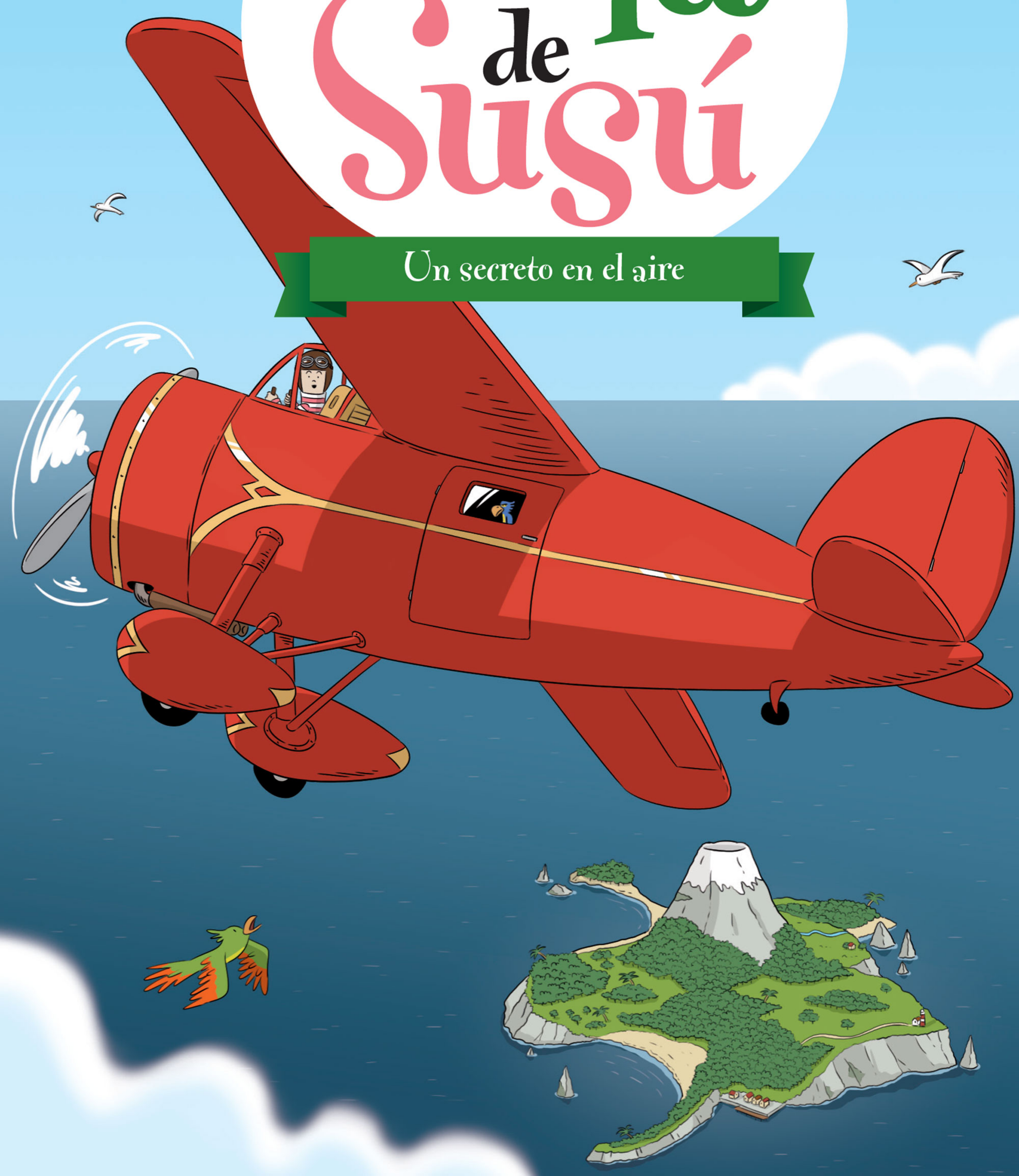
Antonio G. Iturbe / Alex Omist

La Isla de Susú

Un secreto en el aire



La Isla de Susú

Un secreto en el aire

Este libro es de

_____

Para Sara y Xiana, sobrinas atómicas.

Proyecto y dirección: EDEBÉ
© Texto: Antonio G. Iturbe
© Ilustraciones: Alex Omist
Dirección editorial: Reina Duarte

© Edición: Edebé, 2015
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

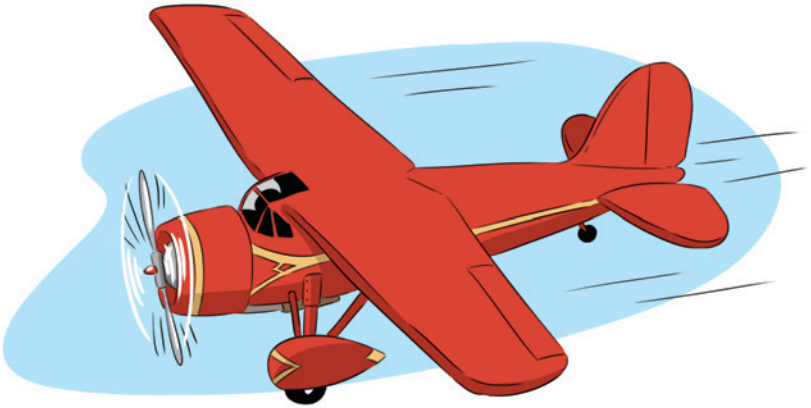
1.ª edición, septiembre 2015

ISBN 978-84-683-1575-1
Depósito Legal: B.
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

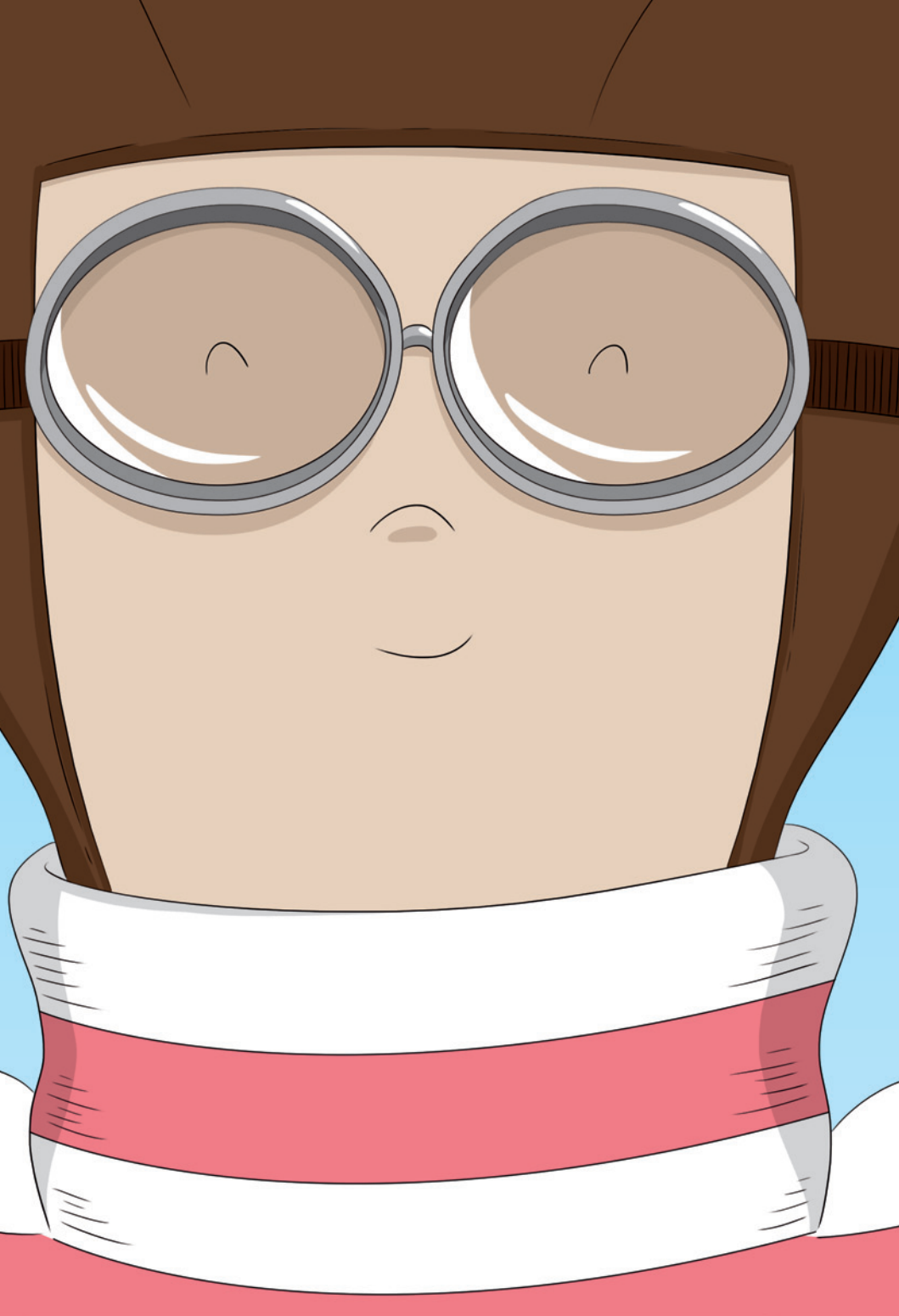
La Isla de Susú

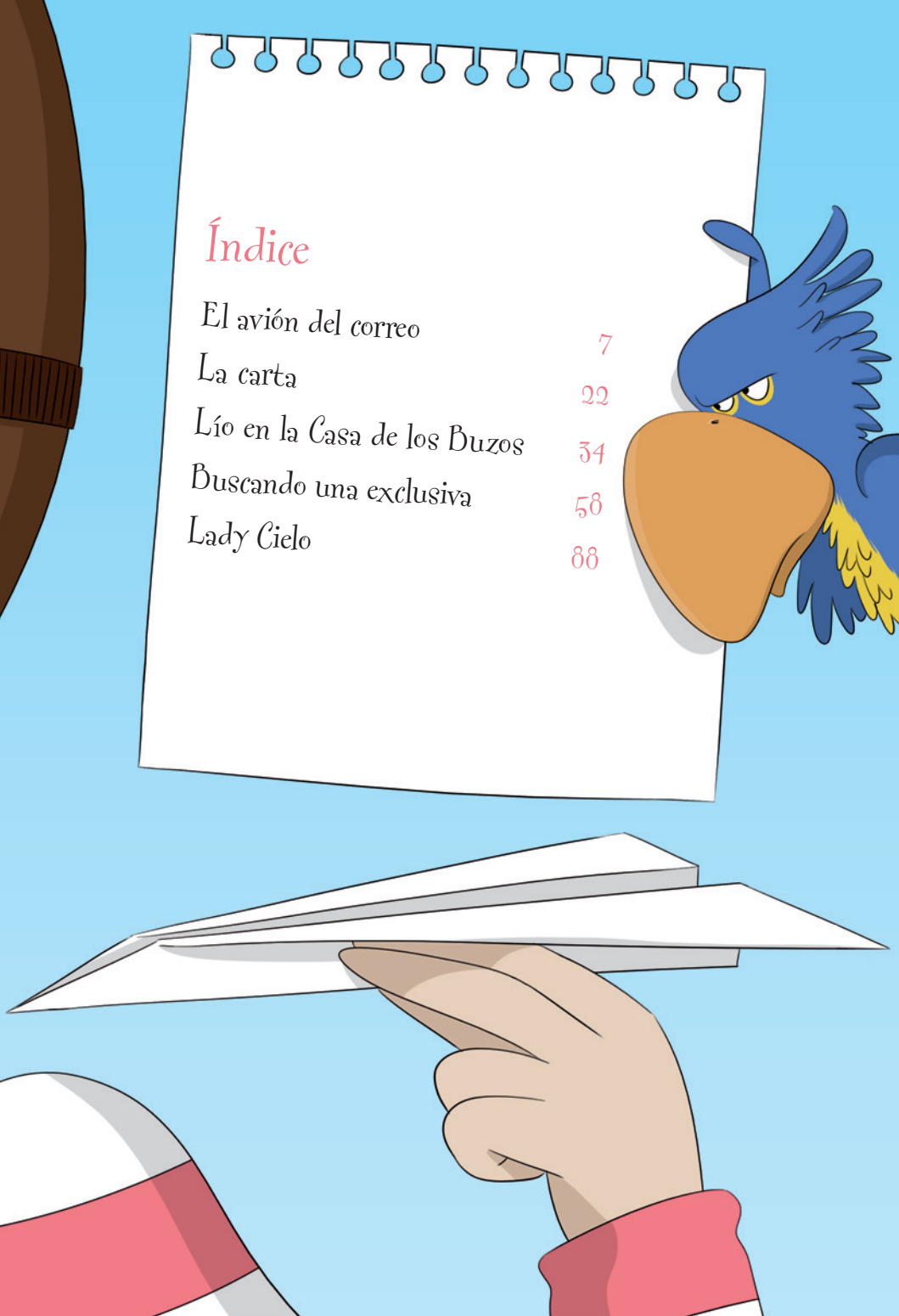
Un secreto en el aire



Antonio G. Iturbe / Alex Omist

edebé





Índice

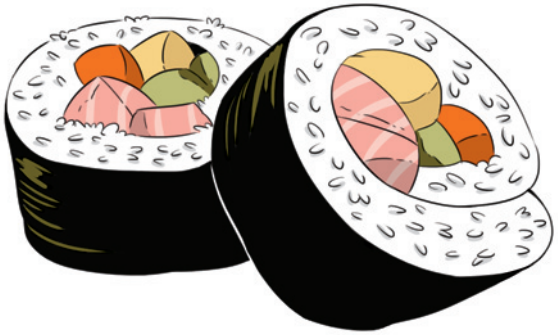
El avión del correo 7

La carta 22

Lío en la Casa de los Buzos 34

Buscando una exclusiva 58

Lady Cielo 88



El avión del correo

Susú pasa la mañana en su huerto submarino. Allí tiene una plantación de nori, un alga buenísima que se usa para preparar sushi y envolver bolas de arroz. ¡En Japón les encanta! También observa la plantación de cochayuyo, unas algas larguísimas que crecen en los mares de Chile, ideales para hacer una sopa o añadir a la ensalada. Desde que llegó a Isla Marabú, está aprendiendo mucho para ser algún día una buena jardinera submarina y cultivar bajo el agua.

Le encanta trabajar en EL FONDO DEL MAR con su MP3 dentro del casco de buzo y limpiar su jardín al ritmo de la música. De esa manera, el fondo del mar deja de ser un lugar silencioso.

Los habitantes submarinos de la zona ya la conocen y no huyen asustados.

—¡Adiós, señor pulpo! —le grita como si pudiera oírla metida en su casco de buzo y a través del agua.

Y el pulpo agita un tentáculo para saludarla como siempre.

Decide recoger una lechuga de mar para la comida. Le chifla la lechuga de mar… ¡para acompañar una de las hamburguesas tamaño gigante que le trae el barco de suministros del capitán Krug!

Sube hasta su casa a través del pozo submarino y entra chorreando en el comedor, donde está comiendo pipas perezosamente el loro de la familia.

—¿Me has echado de menos durante la mañana Tío Rufus?

—¡¡Completamente equivocado!!

—Si tenías pensado presentarte al concurso del pájaro más simpático del mundo..., ¡OLVÍDALO!

Después de comer, sale corriendo a toda velocidad hacia la cabaña de los Karité. En realidad, no es que tenga prisa. En Isla Marabú los relojes no sirven de mucho, esa es la verdad. Pero a ella le gusta hacerlo todo rápido.

La señora Karité la ve llegar.

—¿El suelo te quema los pies?

—¿Por qué lo dice?

—Vas tan deprisa que parece que te persiga la gran serpiente de la isla.

—Es que si ando despacio me canso más.

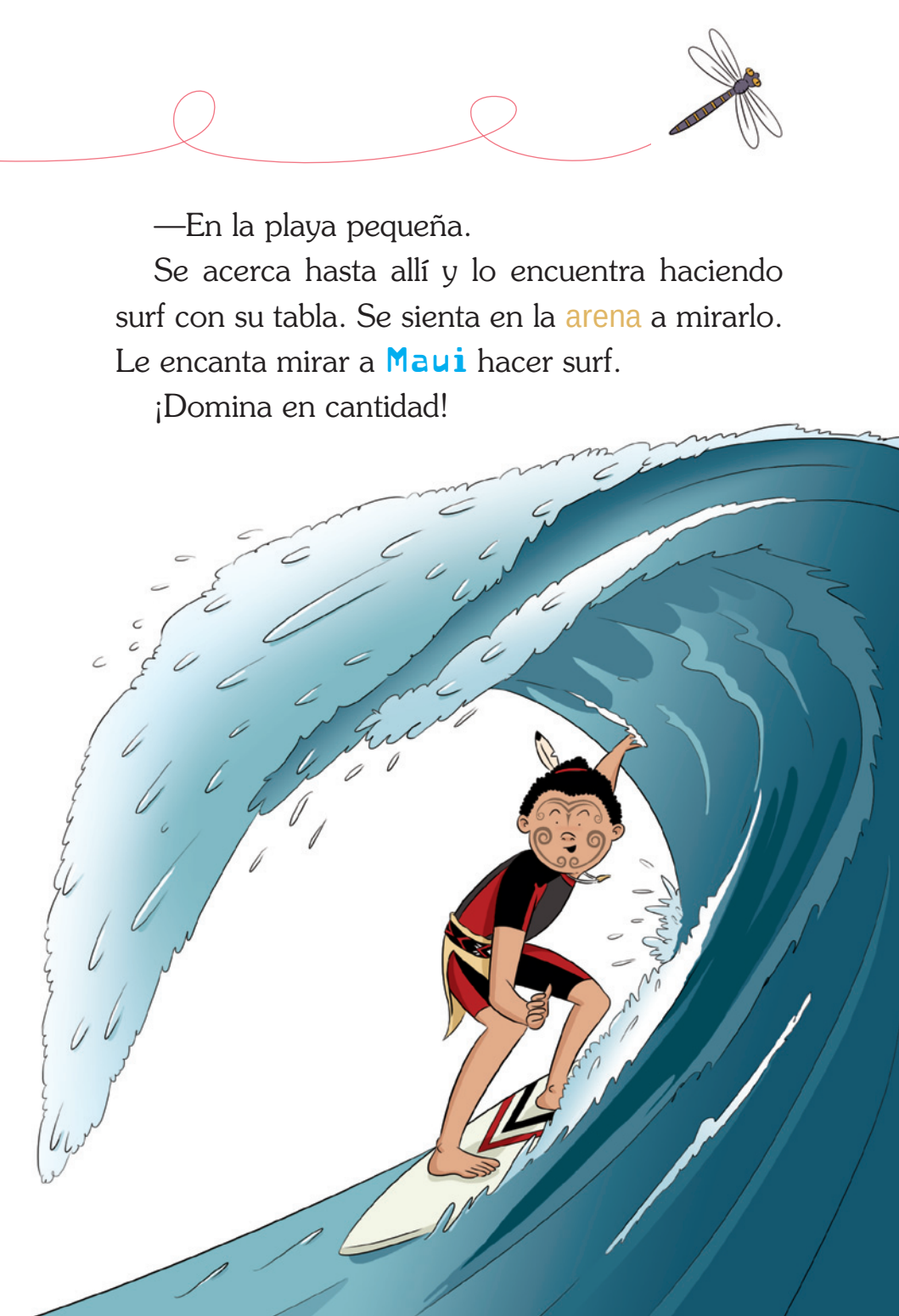
—¿Cómo puede ser?

—Porque estoy más rato andando.

La señora Karité se ríe.

—¡Vaya razonamiento! ¡Piensas igual que una pantera!

—Bueno..., creo que me lo tomaré como un cumplido. ¿Dónde está Maui?



—En la playa pequeña.

Se acerca hasta allí y lo encuentra haciendo surf con su tabla. Se sienta en la arena a mirarlo. Le encanta mirar a **Maui** hacer surf.

¡Domina en cantidad!

En ese momento se empieza a oír un ruido de motor en el cielo que se va aproximando.

—¡Es el avión del correo!

En **Isla Marabú** no hay cobertura de móviles ni **Internet**, así que los envíos que llegan con el barco de suministros del **capitán Krug** una vez al mes y el correo postal por avioneta son la única manera de comunicarse. **Susú** hace días que no recibe carta de sus padres y está deseando saber si llega algo.

A **Maui** y a ella les gusta ver cómo el pequeño avión del correo traza un círculo encima de la **isla**, igual que un pájaro revoloteando. Es su forma de avisar de su llegada. Después desciende hasta posarse sobre un campo que hay cerca del faro. El piloto ni siquiera se baja del avión. El farero, el **señor Zin**, es quien siempre recoge la saca de la correspondencia y quien le entrega al piloto las cartas que manda la gente de la **isla**. Un minuto después, levanta el vuelo y continúa su ruta de reparto por otras **islas** remotas.

Los chicos tienen la ilusión de conocer al cartero volador, pero cuando llegan, siempre ha despegado y se han de conformar con el saludo que les hace desde la carlinga con su mano metida en un guante de piloto.

Esta vez, sin embargo, ven desde lejos que el avión está parado más rato que de costumbre. Incluso se abre una portezuela a la altura de la cola del aparato.

Maui acaba de salir del agua.

—¡Date prisa!

—Estoy mojado.

—Pues corre y te secarás por el camino.

Y así llegan a tiempo de ver cómo el piloto desciende del avión. El señor Zin le da la bienvenida.

Maui y Susú llegan a toda velocidad.

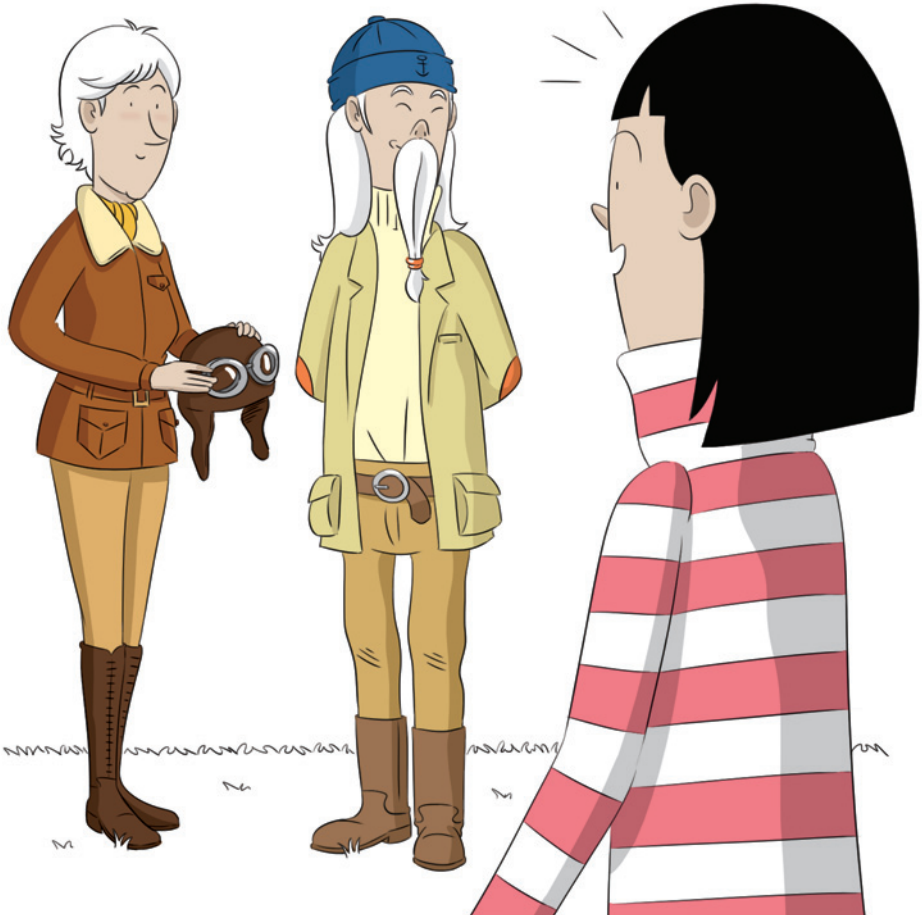
Susú saluda al señor Zin y, a continuación, sin haber recuperado la respiración después de la carrera, se presenta:

—¡Hola! ¡Me llamo Susú y él es Maui! ¡Nunca hemos conocido en persona a un aviador!

—Pues esta es una buena ocasión —les dice el farero—. Aunque puede que os llevéis una sorpresa.

Cuando se quita el casco y las gafas, los chicos se quedan estupefactos.

—¡Pero si es una abuelita! —exclama Susú al verla.



—No te equivoques, muchacha —le dice apuntándole con un dedo—. Puedo retarte a dar cien vueltas a la isla a la pata coja y dejarte hecha papilla. ¿Ves estas canas blancas de mi pelo?

—Sí…

—Cada una es una medalla que me ha dado la vida.

Susú sonríe. Le gusta esa mujer tan enérgica.

—¡Eres tremenda, Amelia!

—Amigo Zin, ¡tú me ganas en medallas!

—¿Y a qué debemos esta agradable visita?

—Mi ELECTRA —y señala su avión plateado—. Se hace vieja. La temperatura del motor estaba al rojo vivo. Si no aterrizo, se habría puesto a arder como una antorcha.

—¡Si se le hubiera quemado el motor, podría haberse estrellado! —exclama Susú .

—Es posible.

—¿No ha tenido miedo? —le pregunta Maui.

—¿Cóooooomo? ¿Que si he tenido miedo? ¿Me estáis preguntando que si, después de 50 años

volando en medio de tormentas, huracanes y una niebla espesa como el cemento, tengo miedo allá arriba cuando las cosas se complican?

Los chicos se miran un poco avergonzados...

—Cuando estás a tres mil metros de altura en un avión con el motor a punto de arder y no tienes miedo, ¿sabes lo que eres?

—¿Un valiente?

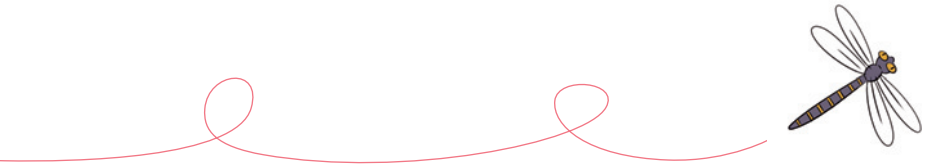
—No. Eres un idiota. **¡Claro que tuve miedo!** He pasado un buen susto.

—Yo pensaba que los aviadores no tenían nunca miedo.

—**Tonterías**. El día que pierda el miedo, me quedaré en mi casa. Si dejas de tener miedo, te confías. Si te confías, empiezas a relajarte, a descuidar las revisiones del aparato, a hacer acrobacias locas... Y al final te partes la cabeza.

El **señor Zin** sonríe.

—No debéis confundir nunca a un valiente que afronta el peligro con precaución y es consciente del riesgo, con un descerebrado que hace las cosas a lo loco.



Amelia saca del bolsillo un trapo y *una llave inglesa* y abre una tapa en la parte delantera del avión. Examina con atención y arruga las cejas.

—Lo que me temía. El radiador que enfría el motor está agujereado. No hay agua.

—¿Y eso es un problema?

—Depende. Si tuviera un radiador nuevo, lo podría cambiar como si me cambiara de calcetines. ¿Hay en esta **isla** una fábrica de piezas de repuesto para aviones?

—Aquí lo máximo que puede comprar en la Posada del Marinero es una bolsa de patatas fritas.

—Pues entonces SÍ tengo un problema.

—¿No puede arreglarlo? —pregunta Maui.

—¡Pues claro que puedo! Podría montar y desmontar este avión pieza a pieza con la misma facilidad con que pelaría un plátano.

—¿Y cuál es el problema?

—Que el plátano tiene la cáscara agujereada. Tendré que arreglar el viejo radiador con parches de soldadura y está como un colador. Eso me llevará un par de días. ¡Es un desastre!

—Bueno, tómatelo como unas vacaciones —le dice el señor Zin.

—¡Imposible! ¡Tengo correo que entregar!

—Seguro que puede esperar.

—¡El correo no puede esperar! La gente envía cartas explicando sus problemas, tal vez el fallecimiento de un ser querido, o una declaración de amor. Imagina que un muchacho de la otra punta del planeta le dice a una chica que la quiere

y que se case con él. ¿Qué pasa si la carta se retrasa y ella cree que no la quiere y se casa con otro?

—¡Qué emocionante! —chilla Susú—. ¿Por qué no abrimos las cartas y averiguamos si hay alguna historia de amor así?

—¡Ni hablar! Antes que arrancarme una carta, me dejo arrancar los dientes. El correo es *personal y privado*, no se toca.

—Pues lo siento, Amelia —le dice el **señor Zin**—. No te queda más remedio que pasar aquí un par de días trabajando en la reparación. La **señora Pomponius** estará encantada de prepararte una habitación en la **Posada del Marinero**.